

ROBERT COHÉN: *Historia de Grecia*. Versión de María Luz Morales. Barcelona, Editorial Surco, 1955, 459 págs. 8^º, tela.

El autor de esta síntesis es suficientemente conocido para que haya que presentarlo aquí: recordemos tan sólo, a título informativo, su colaboración en la parte griega de la gran *Histoie Générale* dirigida por Gustave Glotz (tomos I, II, III y IV), y el útil manual universitario *La Grece et l'hellénisation du monde antique* (t. II de la serie "Clio", 5^ª ed. 1948), textos muy al gusto francés —claridad, "esprit"—, mas también rigurosos y acordes con el estado actual de los estudios helénicos, pues reflejan tanto los progresos de la ciencia gala como los de la germánica y anglosajona en orden al conocimiento de la Antigüedad clásica. Por eso creemos que la traducción al español de cualquier obra suya debe ser bien recibida, por estimarla un servicio a la cultura general.

Puede afirmarse que este libro de M. Cohén —ya divulgado, porque su primera edición francesa data de 1935, siendo corregido y puesto al día en las sucesivas— armoniza las nuevas tendencias historiográficas, filológicas y arqueológicas con los requisitos formales de una exposición amena, luminosa, para un público ávido de cultura histórica bien orientada. Sin equipararlo, evidentemente, a otros compendios —v. gr. los de Bury, Botsford, Wilcken, Berve o Kahrsedt, magistrales en su género—, reúne bastantes méritos como libro de vulgarización. Se halla al nivel, por ejemplo, de la Nueva Historia de Roma de León Homo.

El A. advierte en el prefacio que su intención es ofrecer un cuadro de la vida griega, desde el amanecer egeo-cretense hasta el Helenismo; objetivo logrado plenamente y conforme a las exigencias del lector culto, no especialista, que suele desdeñar las obras con aparato crítico muy ostensible y prefiere, en cambio, las escritas de manera fácil, agradable, por quienes están capacitados para ello. De ahí que no aparezcan en esta Historia de Grecia notas al pie de página o al final de capítulo, reservándose el A. —como él dice hablando del lector medio y su actitud ante el historiador erudito— las pruebas de su sabiduría. El A. se limita únicamente a bosquejar

los diversos períodos de tal historia, subrayando vigorosamente sus rasgos esenciales y fiel a un propósito muy laudable: “reducir dentro de lo posible el espacio dedicado a los hechos, para aumentar el destinado a las ideas”; aparte, agrega, de “derribar ciertos prejuicios tenaces y destruir algunos clichés anacrónicos” (pág. 1, Prefacio).

Dividida en tres libros (I, “La juventud de la Hélade”; II, “La Grecia clásica”, y III, “Expansión del Helenismo”), la obra se compone de una introducción geográfica y veinticinco capítulos, en los cuales resplandecen las dotes sintéticas del A., así como su estilo rápido, vivaz, expresivo, incluso pictórico; estilo que, sin embargo, nunca se sobrepone al austero oficio del historiador. Son particularmente afortunados los capítulos IV (“La era de la burguesía y las tiranías en Grecia”) y VII (“La civilización griega en la época arcaica”), del libro primero; el III (“La época de Pericles”), VII (“La guerra del Peloponeso”) y X (“La civilización del siglo iv”), del segundo; y, en fin, los correspondientes al Helenismo, desde Filipo II hasta la conquista romana. En todos ellos revisa el A. las concepciones anticuadas o erróneas sobre determinados hechos y personajes, tratando siempre de situarlos en sus justas perspectivas o, cuando menos, a tono con las investigaciones que han renovado la problemática en lo que va de siglo. Hoy día comprendemos, en efecto, el pasado griego de modo a veces revolucionario, si se lo compara —pongamos por caso— con la serena y apolínea imagen classicista, heredada de la Ilustración y vigente —según el patrón ático— hasta no hace mucho. Pero las noticias del A. sobre la protohistoria creto-micénica, p. e., no se adaptan ya al estado presente de ciertas cuestiones, pues la escritura lineal B de las tablillas prehelénicas ha sido felizmente descifrada (como se explica en este mismo número de *STUDIUM*) por Ventris y Chadwick, adelantándose cada día más en tal campo. De forma que “el bello libro de estampas cuyo texto nos es completamente ininteligible”, para repetir una frase de M. Cohén (pág. 28) relativa a nuestra anterior ignorancia en lo concerniente a dichas escrituras, revela poco a poco sus secretos.

Habría que consignar otros reparos sobre algunos puntos controvertibles o no desarrollados como sería deseable (p. e., los aqueos en Knossos, hacia 1400, y la ruina de los palacios; las causas de la colonización entre los siglos vnr y vn; los partidos en la Atenas clásica; el drama místico de Eleusis; los últimos planes de Alejandro; la primera intervención romana en el Oriente helenístico, etc.), pero no se acomodarían a la índole de esta obra, que al fin y al cabo no es sino de divulgación y, por lo demás, está sólidamente documentada.

El A., frente a los *clichés* en torno a Grecia, se pronuncia con énfasis. Anotemos solamente su correcta visión de la tiranía como régimen de compromiso entre la oligarquía y el *demos*, acreditando con ello su información sobre el tema, ya que se trasluce en el juicio siguiente: “A imitación de los antiguos —dice—, pero por razones muy diferentes, los historiadores modernos han dado a menudo pruebas de una inexorable severidad con respecto a la tiranía... Ciertamente es que la tiranía tuvo terribles defectos. Aunque no fuese tan cruel como se ha pretendido, fué a menudo dura con las grandes familias vencidas... Excepción que confirma la regla, y la regla es que en Grecia la tiranía fué una institución fecunda y necesaria. Fecunda, porque detiene durante cierto tiempo la efusión de sangre en las ciudades griegas. Fecunda, porque el tirano, una vez instalado en el poder, desea permanecer en él y se afana por la prosperidad de su ciudad. En el interior, facilita la vida material a la población, mejora la suerte de los humildes y trabaja por ennoblecer su capital. En el exterior, impulsa fructuosas empresas coloniales y comerciales. Necesaria porque la tiranía fué una transición indispensable entre el régimen aristocrático y el democrático” (págs. 78-9).

Debemos ponderar asimismo sus fugaces, pero gráficas semblanzas de las grandes figuras: Pericles, quien, “como más tarde César en Roma, ‘hará democracia deliberadamente’, por interés” (pág. 176); Demóstenes, cuyas virtudes retórico-políticas ensalza sin incurrir en apologías, pero tampoco en las exageraciones de otros historiadores, simpatizantes de Macedonia; Filipo II, bárbaro tanto como griego, “mezcla sorprendente de franqueza brutal y de astucia sutil, de rigidez militar y diplomática ductilidad” (pág. 318); Alejandro, el “nuevo Aquiles” que “acaba por creerse de una raza que no es la común de los mortales” (pág. 331) y cuya muerte prematura engendra un nuevo período, universalista, durante el cual se verifica el encuentro cultural heleno-asiático, soñado por el genial conquistador –en Bactres, en Susa– como unánime *ὁμόνοια* ...Podrían multiplicarse los ejemplos de retratos certeros.

La Conclusión es, igualmente, una bella página de literatura histórica, en la que el A. hace un sumario balance del legado griego, todo armonía, buen sentido, razón, alegría e inteligencia lúcida. Esa cultura, escribe, “nos ofrece la experiencia de las múltiples maneras de gobernar a los hombres; después ya no se inventa nada en este dominio. Traza las rutas del espíritu; en arte, en religión, como en literatura, no hay nada que ella no supiera por lo menos iniciar. Asigna objetivos a la ciencia naciente. Da al mundo la lengua que esperaba: tan hermosa, que embellece cuanto traduce; tan clara, que sirve para fijar las ideas, hasta las más oscuras; tan dúctil, que todavía nos sirve para las palabras nuevas que forjamos...” (pág. 448).

Tales valores perennes, tales modelos *els* *zel*, emergen con fuerza de los capítulos consagrados a los dioses y el culto, a la filosofía, las letras y el arte. Por su breve, mas sugerente evocación del pasado griego en todas sus manifestaciones, el libro de M. Cohén aquí reseñado es, si no un manual para los estudiosos, sí, desde luego, una obra estimulante, ideada para mantener viva la antorcha del Humanismo, aun entre los lectores poco versados en esa dorada tradición. Cumple así una finalidad educativa.

Lástima que un libro tan cuidado haya sido tan deficientemente vertido al español. Multitud de nombres aparecen mal transcritos, lo cual se ha de lamentar, habida cuenta de la buena presentación editorial. Señalemos algunos ejemplos tomados al azar y que deslucen la traducción: minoenses por minoicos; carrienses por carios; *loerrienses* por locrios; rodienses por rodios; paralienses por paralios; pedienses por pediones o pedieos; nomes (los distritos de Egipto) por nomos; *pentathle* por *péntathln*; *myste* por *mystes*; *thiase* por *thíasos*; *hetaires* por heteras o *hetairoi*; *Thapsaque* por Thapsaco; *Hyfase* por *Hyphasis* o Hifasis; *Diodota* por Diodoto; *Filopémenes* por Filopemen; *Orcomene* por Orcomenos; *Cyzeque* por Cyzicus o Cícico; *Panticapa* por Panticapeon o Panticapaeum; *Hefastos*, Efestos, etc., por *Hephaistos* o Hefestos; *Amasés* por Amasis; *Samético* por Psamético; *silion* por sílfion (la planta de Cirene); *Tigrana* por Tigranes; *Aulete* por Auleícs; *Mithros* por Mithra o *Mithras*; *Apameas*, *Aspamea*, etc., por *Apamea*; *Jehová* por Yahveh; *Atargates* por *Atargatis*; *Partenopa* por Parténope; *Histias* por Histieo; “*la*” demos por *ei demos*; *petase* por *pétasos*; *Dídyme* por Dídyma; *Sinapa* por Sínope; *Trapeconte* por Trapezus (Trebisonda); *Cátulo* por Catulo; *Endera* por Denderah; et sic de coeteris... Sería, pues, conveniente que en una próxima edición se corrigieran estos errores y erratas, que tanto afean el texto y, lo que es peor, llevan la confusión a lectores deseosos, si no de erudición, sí, por lo menos, de exactitud.

Tres mapas y catorce láminas contribuyen a realzar el libro.